

RODANDO VOY, RODANDO VENGO

5:40 am, un martes nublado más en Londres. Me cuesta apagar el despertador, pero lo consigo después de 5 largos minutos de mimos y lametones ininterrumpidos de Nube. Me aseo, desayuno y elijo la ropa que más “empoderada” me hace sentir. Hoy el día lo promete.

Tengo que ir a la parada que está a casi diez minutos de mi casa, en lugar de la que tengo justo enfrente. Por esa no paso: no quiero las miradas llenas de lástima, esos cientos de ojos que me ruegan en silencio que me deje ayudar. A las 7:10 ya estoy subida al vagón. Practico mi discurso por decimoquinta vez esta mañana. Todo tiene que salir perfecto. Aviso de megafonía: mi parada accesible es la siguiente. Dejo salir a la mayoría de los ejecutivos apresurados y me espero al final del vagón, total voy con tiempo de sobra por si acaso hay algún imprevisto con la silla.

A las 7:50 ya veía a Matt en la entrada de la oficina esperándome con su habitual y cálida sonrisa como todas las mañanas para abrirme la puerta y desearme la mejor de las suertes, lo repito, hoy va a ser mi día.

Ocho en punto. Miro el reloj, me coloco la americana, vuelvo a mirar el reloj, no me gustaría que justo hoy se hubiera quedado sin pila, pero mis sospechas desaparecen cuando veo a Víctor y Emma entrando por la puerta. Quien me iba a decir que dos desconocidos me harían sentir parte de su gran multinacional, después de una entrevista por casualidad - una confusión de planta- que terminó siendo el destino.

“Sonya, tú estabas destinada a encontrarnos”, me repiten a menudo. “Eres la pieza final para completar nuestro puzle”.

El matrimonio siempre me había tenido en cuenta, haciéndome sentirme útil y valiosa. No una joven de 26 años en silla de ruedas por una enfermedad de nacimiento. Y junto a mis compañeros, eran el motivo principal de que “madrugara para trabajar” me alegrara el día.

La sala de reuniones se llenó por completo en unos pocos minutos. Emma se acerca y me susurra: -Puedes con esto y con más, recuerda que tener miedo solo significa que lo que estás a punto de hacer merece la pena y no queremos perderlo-. Respiro hondo.

Llegó Samanta con un proyector ajustable a mi altura para poder ir mostrando la presentación que tantos meses he estado preparando. Era la hora, la hora de demostrar que, porque no pudiera levantarme para presentar, mi trabajo sí que puede dejar huella. Y así fue, una hora después, acabé con la presentación entre aplausos y sonrisas cómplices y las preguntas que el resto de accionistas vieron oportunas, pero yo no podía dejar de mirar a mis compañeros, a mis jefes y a mí misma, reflejada en ellos: valiente, capaz, orgullosa.

Tuve que irme fuera con ayuda de Sam ya que la sala de juntas era un poco estrecha cuando se llenaba de personas y lo último que quiero es pasar por encima de unos tacones o mocasines más caros que mi silla de ruedas. Por fin llegó la hora, me llamaron para pasar dentro y escuché esa frase que tanto había soñado los últimos meses, “enhorabuena Sonya, quería decir, enhorabuena nueva directora ejecutiva”. No me habían escogido por cumplir un requisito, sino por mi talento y esfuerzo, y eso era inclusión real.

Después de muchos “ya te lo dije”, “lo sabía”, “como te lo mereces” y muchos cumplidos más, llegaron las cuatro y media y con ello el fin a mi jornada laboral de hoy, bueno, mejor dicho, a la jornada laboral de hoy. Ahí seguía Matt, tan servicial y atento como siempre, me dio la enhorabuena, nos despedimos y nos deseamos buena tarde mutuamente.

Sólo tenía que cruzar la calle y ya estaba en uno de mis lugares favoritos de Londres: la entrada de la biblioteca del barrio. Pequeñita, no muy moderna, pero el lugar más encantador que vi en mucho tiempo. Cuando entré una sonrisa se me escapó al ver, que ya por fin, se había podido instalar el nuevo elevador automático para personas con movilidad reducida y que, las sugerencias y peticiones que habíamos hecho habían surtido efecto. Ya no habría más barreras para entrar en el sitio donde todos tenemos derecho a aprender.

Llegué a la sala 7, mis niños ya me estaban esperando como agua de mayo y yo, como siempre entrando en la habitación con la canción en el móvil puesta de Camarón de la Isla, “Volando voy” a todo volumen, aunque claro, nosotros tenemos nuestra versión. Nada más que los niños ya empezaron a escuchar el estribillo, comenzaron a gritar de alegría a coro nuestro himno - ¡RODANDO VOY, RODANDO VENGO! -, mientras que jugaban mutuamente con sus sillas y rodando, haciendo que eran aviones de papel volando por toda la sala.

Hoy le tocaba elegir el cuento a Loren. Emocionado, me pasó una mini adaptación de Harry Potter. Leímos, reímos y soñamos juntos. Al acabar la clase hicimos lo de siempre, una pequeña charla de cosas bonitas y otras no tanto de la semana pasada, y como mutuamente podíamos ayudarnos los unos a los otros. Concluimos lo de siempre: con que no podemos dejarnos que nadie, ni nada nos limite. Somos libres como los pájaros volando, solo que nuestra silla es quien nos ayuda a hacerlo posible, ya que “Rodando voy, rodando vengo. Y, cada día, un poco más lejos.